

Vayan con Dios los romeros,—viuda me hicieron quedar!
 —Si vos non fuerais mi madre,—con vos hiciera otro tal.
 —Non tengo hijo nin hija:—sola en el mundo estoy ya;
 porque un hijo que tenía—murió en montes de Aguilar,
 y en mi cofrecito tengo—el su corazon leal,
 y de su mano derecha—tambien el dedo pulgar.
 —El corazon que tenéis—de la perra es de Galvan
 y ese dedo que guardais—aquí le vereis faltar.—
 Al verlo la Condesina,—comenzárale abrazar:
 las lágrimas y suspiros—en placer fuera tornar.

Es un genuino y viejo romance carolingio, variante muy curiosa de los dos primeros de Don Gaiferos (171 y 172 de la *Primavera*). La astucia de los escuderos, que engañan á Galván presentándole sólo el dedo de un niño y el corazón de una perrita, se repite mucho en cuentos populares (por ejemplo, el de la *Ceneréntola*), y está ya en el *Roman de Berthe*, del trovero Adenès (último tercio del siglo XIII), y en *La gran conquista de Ultramar*, compilación castellana de principios del siglo XIV, cuyo original francés no ha sido descubierto todavía.

21.

Blanca Flor y Filomena. — I

Por las orillas del río—Doña Urraca se pasea (1)
 con dos hijas de la mano—Blanca Flor y Filomena.
 El Rey moro que lo supo—del camino se volviera;
 de palabras se trabaron,—y de amores la requiebra.
 Pidiérale la mayor—para casarse con ella:

(1) Según otra versión

Por los jardines del Rey—se pasea la Reina, etc.

si le pidió la mayor,—le diera la mas pequeña;
 y por no ser descortés—tomara la que le dieran.
 —Non sea cuento, rey Turquillo,—que mala vida le hicieras...
 —Non tenga pena, señora;—por ella non tenga pena.
 Del vino que yo bebiese,—tambien ha de beber ella;
 y del pan que yo comiese,—tambien ha de comer ella.
 Se casaron, se velaron,—se fueron para su tierra:
 nueve meses estuvieron—sin venir á ver la suegra.
 Al cabo de nueve meses,—Rey Turquillo vino á verla.
 —Bien venido, Rey Turquillo.—Bien hallada sea mi suegra.
 —Lo que más quiero saber—si Blanca Flor queda buena.
 Blanca Flor buena quedaba;—en días de parir queda,
 y vengo muy encargado—que vaya allá Filomena,
 para gobernar la casa—mientras Blanca Flor pariera.
 —Filomena es muy chiquita—para salir de la tierra;
 pero por ver á su hermana—vaya, vaya en hora buena.
 Llévela por siete días;—que á los ocho acá me vuelva;
 que una mujer en cabellos—no está bien en tierra agena.—
 Montó en una yegua torda,—y ella en una yegua negra:
 siete leguas anduvieron—sin palabra hablar en ellas.
 De las siete pa las ocho,—Rey Turquillo se chancea;
 y en el medio del camino,—de amores la requiriera.
 —Mira qué haces, Rey Turquillo,—mira que el diablo las
 que tú eres mi cuñado,—tu mujer hermana nuestra. [tienta;
 Sin escuchar más razones—ya del caballo se apea:
 atóla de pies y manos—hizo lo que quiso della;
 la cabeza le cortara,—y le arrancara la lengua,
 y tiróla en un zarzal—donde cristiano non entra.
 Pasó por allí un pastor;—de mano de Dios viniera.
 Por la gracia de Dios padre—á hablar comenzó la lengua.
 —Por Dios te pido, pastor,—que me escribas una letra:
 una para la mi madre,—nunca ella me pariera!
 y otra para la mi hermana,—nunca yo la conociera!
 —Non tengo papel ni pluma,—aunque serviros quisiera...
 —De pluma te servirá—un pelo de mis guedejas;
 si tú non tuvieres tinta,—con la sangre de mis venas:

y si papel non trujeres,—un casco de mi cabeza.—
 Si mucho corrió la carta,—mucho más corrió la nueva.
 Blanca Flor, desde lo supo,—con el dolor malpariera;
 y el hijo que malparió,—guisólo en una cazuela
 para dar al Rey Turquillo,—á la noche cuando venga.
 —¿Qué me diste Blanca Flor,—qué me diste para cena?
 De lo que hay que estamos juntos—nunca tan bien me su-
 [piera.
 —Sangre fué de tus entrañas—gusto de tu carne mesma...;
 pero mejor te sabrían—besos de mi Filomena!
 —¿Quién te lo dijo, traidora;—quién te lo fué á decir, perra?
 ¡Con esta espada que traigo—te he de cortar la cabeza!
 Madres las que tienen hijas,—que las casen en su tierra;
 que yo, para dos que tuve,—la Fortuna lo quisiera,
 una murió maneada—y otra de amores muriera.

22.

Blanca Flor y Filomena. — II

Por esos campos arriba—se pasea una romera
 con dos hijas de la mano—Blanca Flor y Filomena.
 El traidor del Rey Tereno—al camino les saliera,
 pidiéndole la más grande—para casarse con ella:
 si le pidió la mayor,—dírale la más pequeña.
 El casóse y él velóse,—llevóla para su tierra.
 Allá estuvo siete años—sin volver á ver la suegra;
 de los siete pa los ocho—él vino, ¡que no viniera!
 —Buenos días suegra mía,—Tereno, bien venido sea.
 Lo que más quiero saber—si Blanca Flor queda buena.
 —Blanca Flor buena quedaba,—en plazos de parir queda.
 —Si queda en esos temores,—nunca puede quedar buena.
 —Encárgame que le lleve—á su hermana Filomena.
 —Llévase, si por cierto;—pero ten cuidado della.

—Yo tendré el mismo cuidado—como si mi hermana fuera.—
 La cogiera entre los brazos—á caballo la pusiera.
 Siete leguas anduvieron—sin hablar verbo con ella;
 de las siete pa las ocho—de amores la pretendiera.
 —Tate quieto, Rey Tereno,—mira que el diablo te ciega;
 que mi hermana es tu mujer—y yo tu cuñada era.
 Abajóla del caballo,—hizo lo que quiso della:
 desde que fizo lo que quiso—dejóla en monte señera,
 atada de pies y manos—á sombra d'una olivera.
 Vino por allí un pastor—le pareció de su tierra.
 —Por Dios le pido al pastor—por Dios y la Madalena,
 una carta pa mi madre,—la madre que me pariera.
 —Yo escribir escribiría,—si tinta y papel tuviera.
 —Buen papel sellado tienes,—del paño de mi cabeza,
 y buena tinta será—de la sangre de mis venas.
 El primer renglon que pongas—pónelo de esta manera:
 «La madre que tenga hijas—non las case en tierra agena;
 que mi madre tuvo dos—¡mala suerte le tuvieran!
 Casó una co 'l Rey Tereno—y otra en el monte muriera
 atada de pies y manos—á sombra de una olivera.»—
 Blanca Flor, desde lo supo,—de malos partos pariera:
 los malos partos que fizo,—los guisó 'n una cazuela
 para dar á su marido—á la noche cuando venga.
 —¿Qué me diste, Blanca Flor;—que tan dulce me supiera?
 —¡Mas dulces, traidor serían,—los besos de Filomena!
 —¿Quién lo dijo, Blanca Flor;—Blanca Flor, quién lo dijera?
 —Díjomelo un pajarito—que por el aire viniera.
 —¡De malos fuegos quemara,—de malos fuegos ardiera,
 de malos fuegos quemara—donde la traicion se hiciera!—
 No acabara de decirlo,—cuando se le concediera.

Estos romances, que también se encuentran en Andalucía,
 son una transformación del mito clásico de Progne y Filo-
 mena, del cual conservan los rasgos esenciales y hasta el
 nombre del Rey Tereo, trocado en *Tereno* y á veces en *Turqui-*

llo, acaso por confusión con el romano Tarquino, de quien tampoco se olvidó la poesía popular, y que, á título de injusto forzador, tenía alguna semejanza con Tereo. Hay mezclas también reminiscencias de la horrible fábula de Tiestes y Atreo.

23.

El Conde Olinos. — I

¡Conde Olinos, Conde Olinos,—es niño y pasó la mar!
Levantóse Conde Olinos—mañanita de San Juan :
llevó su caballo al agua—á las orillas del mar.
Mientras el caballo bebe—él se pusiera á cantar :
—«Bebe, bebe, mi caballo;—Dios te me libre de mal,
de los vientos rigurosos—y las arenas del mar».—
Bien lo oyó la Reina mora,—de altas torres donde está :
—Escuchad, mis hijas todas;—las que dormis, recordad (1)
y oirédes á la sirena—como canta por la mar.—
Respondió la mas chiquita,—(mas le valiera callar!)
—Aquello no es la sirena,—ni tampoco su cantar;
aquel era el Conde Olindos,—que á mis montes va á cazar.
—Mis morillos, mis morillos,—los que me comeis el pan (2),
id buscar al Conde Olindos,—que á mis montes vá á cazar.
Al que me lo traiga vivo,—un reinado le he de dar;
el que me lo traiga muerto—con la Infanta ha de casar :
al que traiga su cabeza,—á oro se la he de pesar.—
Po 'l monte de los Acebos,—cien mil morillos se van
en busca del Conde Olindos;—non le pueden encontrar.

(1) Los versos á que apuntamos esta nota, son muy parecidos á los siguientes del romance de *La linda Melisendra*, que es el 198 de la Primavera y Flor de romances de Wolf:

—Si dormis las mis doncellas—si dormides, recordad.

(2) —Moriscos, los mis moriscos,—los que ganais mi soldada.

Encontráronlo durmiendo—debajo de un olivar.
—¿Qué haces ahí, Conde Olindos?—¿Qué vienes aquí á buscar?
Si á buscar vienes la muerte,—te la venimos á dar, [car?...
si á buscar vienes la vida—de aquí non la has de llevar.
—¡Oh, mi espada; oh, mi espada—de buen oro y buen metal;
que de muchas me libraste,—desta non me has de faltar :
y si desta me librases,—te vuelvo á sobredorar!—
Por la gracia del Dios Padre,—comenzó la espada á hablar :
«Si tú meneas los brazos—cual los sueles menear,
yo cortaré por los moros—como cuchillo por pan.»
—¡Oh caballo, mi caballo;—oh, mi caballo ruan,
que de muchas me libraste,—desta non me has de faltar!—
Por la gracia de Dios Padre,—comenzó el caballo á hablar :
«Si me das la sopa en vino—y el agua por la canal,
las cuatro bandas de moros—las pasaré par á par.»
Cuando era medio día,—no halló con quien pelear,
sinon era un perro moro—que non lo pudo matar.
Allí vino una paloma,—blanquita y de buen volar.
—¿Qué haces ahí, palomita;—qué vienes aquí á buscar?
—Soy la Infanta, Conde Olinos;—de aquí te vengo á sacar.
Ya que non queda más qu' ese,—vivo non habrá de marchar.—
Por el campo los dos juntos—se pasean par á par.
La Reina mora los vió,—y ambos los mandó matar :
del uno nació una oliva,—y del otro un olivar :
cuando hacía viento fuerte,—los dos se iban á juntar.
La Reina tambien los vió,—tambien los mandó cortar :
del uno nació una fuente,—del otro un río caudal.
Los que tienen mal de amores—allí se van á lavar.
La Reina tambien los tiene—y tambien se iba á lavar.
—Corre fuente, corre fuente,—que en ti me voy á bañar.
—Cuando yo era Conde Olinos,—tú me mandaste matar;
cuando yo era olivar,—tú me mandaste cortar;
ahora que yo soy fuente,—de ti me quiero vengar :
para todos correré—para ti me he de secar.
—¡Conde Olinos, Conde Olinos,—es niño y pasó la mar!

24.

Conde Olinos. — II

¡Quién se dol del Conde Olinos,—que niño pasara el mar!
 Lleva su caballo al agua—una noche de lunar;
 mientras el caballo bebe,—él le canta este cantar:
 «Bebe, bebe, mi caballo;—Dios te me libre de mal,
 de los peligros del mundo—y de las ondas del mar;
 de los castillos de Arriba—que me quieren mucho mal.»
 La Reina mora lo oyera—de altas torres donde está:
 —Escuchalde, mis doncellas—las que dormis, recordad,
 y oirédes á la serena—cómo canta por el mar.
 Respondió la mas chiquita,—(¡mas le valiera callar!)
 —Aquella no es la serena,—nin tampoco su cantar:
 aquel es el Conde Olinos—que conmigo va á casar.—
 La Reina, que aquello oyera,—ambos los mandó matar (1).
 Uno lo entierran 'n el coro,—y otro 'n el pie del altar.
 D' ella nació verde oliva,—d' el nació verde olivar.
 Crece el uno, crece el otro,—ambos iban á la par;
 cuando hacia aire d' arriba,—ambos se iban á abrazar;
 cuando hacia aire d' abajo,—ambos se iban á besar.
 La Reina que aquello vé,—ambos los manda cortar:
 d' ella naciera una fuente,—d' el nació un río caudal.
 «Quien tuviere mal de amores—aquí se venga á bañar.»
 La Reina que aquello oyera—tambien se fuera á lavar.
 —Detente, Reina, detente,—no me vengas dexobar (1).
 Cuando yo era Blanca Flor—tú me mandaste matar;
 cuando yo era verde oliva—tú me mandaste cortar;

- (1) —Si es el Conde Olinos, hija—yo le mandaré matar.
 —Non lo mande matar madre,—non me lo mande matar:
 si matan al Conde Olinos—á mi me han de degollar.—
 Uno muriera á las doce,—y el otro al gallo cantar:
 uno fué enterrado en coro, etc.

(1) Enturbiar, ensuciar.

ahora soy fuente clara,—non me puedes facer mal;
 para todos he de correr—para ti me he de secar.

Estos poéticos y misteriosos romances, que pudiéramos llamar *de las transformaciones*, y que parecen conservar rasgos del paganismo céltico, no proceden, sin embargo, de la antigua mitología de la Península (como pudiera sospecharse al ver que sólo se los encuentra en Asturias y en Portugal), sino que se derivan de los poemas franceses del ciclo de la Tabla Redonda, y especialmente del más célebre de ellos, *Tristán é Iseo*, cuya parte maravillosa pasó á estas canciones nuestras, que en su estado actual no han de ser muy antiguas, pues contienen inoportunas reminiscencias de otros romances, especialmente de *El Conde Arnaldos* y de *La linda Melisenda* (153 y 198 de la *Primavera*).

Hay en portugués las siguientes versiones:

a) *Conde Nillo* (III, 9-12 del *Romanceiro* de Almeida Garrett), que sospechó ya el origen extranjero de la canción, aunque no llegó á determinarle «*Da nossa Hespanha é que elle não me parece oriundo*».

b) *Romance do Conde Niño*. Variante de Tras os-Montes (T. Braga, *Rom. ger.*, 37-40).

c) *Dom Diniz*. Versión del Algarve (Apud. Estacio da Veiga, 64-67).

d) *Dom Duardos*. Dos variante de la isla de San Jorge (*Cantos pop. do Archip. Açoriano*, 271-274).

e) *Dom Bernal* y *Don Aninha* (tradicional en la isla de la Madera, 118 122).

Por supuesto, que el *Conde Niño* de estos romances nada tiene que ver con el personaje histórico Don Pedro Nuño, Conde de Buelna, si bien la celebridad de sus aventuras pudo influir en que su nombre se aplicase arbitrariamente al héroe de estos romances, así como en el Algarve se le llamó *Don Diniz* por recuerdo del famoso Rey del mismo nombre, y en las Azores *Don Duardos*, acaso por influjo del libro de

Caballerías *Primaleón y Polendos* ó de la tragicomedia de Gil Vicente.

Coinciden con estos romances, pero sólo en el final, *A Er-mida no mar*, tradicional en las Azores (274-275); *O Caçador*, recogido en la isla de San Miguel por Th. Braga (notas á los *Cantos populares do Brazil*, II, 153-158).

Nota el mismo Braga que el episodio de los dos árboles nacidos en la sepultura de los amantes es un elemento poético de carácter universal, que se halla en el cuento egipcio de *Los dos hermanos*, en tradiciones y leyendas de China, del Afganistán, de los cosacos de la Ucrania, etc., y de un modo muy próximo á nuestros romances, pero mucho menos poético, en un canto popular de Normandía, recogido por Beau-repaire :

Sur la tombe du garçon
on y mit une épine,
sur la tombe de la belle
on y mit une olive.
L'épine crut si haut
qu'elle embrassa l'olive,
on en tira du bois
pour batir des églises.

24.

La esposa de Don García. — I.

En poder de moros va,—en poder de moros iba,
en poder de moros va—la esposa de Don García.

.....
.....
—Dios la guarde, la mi madre,—Dios la guarde, madre mía.
¿Por aquí pasó mi esposa,—la mi esposa tan querida?

—Por aquí pasó esta noche—tres horas antes del día;
vihuela de oro en las manos,—y muy bien que la tanguía.
—Andes, andes, mi caballo;—guárdate Santa María :
llevarásme á los palacios—donde mi suegra vivía;
que lo que mi madre ha dicho,—mi suegra revocaría.

.....
—Dios la guarde, la mi suegra;—Dios guarde la suegra mía.

¿Por aquí pasó mi esposa,—la mi esposa tan querida?
—Por aquí pasó esta noche—tres horas antes del día;
vihuela de oro en las manos—de pesar no la tanguía :
toda vestida de luto—por donde iba oscurecía.

—Andes, andes, mi caballo—guárdete Santa María;
pasárasme aquella sierra,—aquella sierra bravía;
si á aquella sierra llegares,—nunca mas aquí volvías.

.....
—Dios los guarde á los moros—y á toda la morería,
grandes guerras les armasteis—al Infante Don García,
y le robasteis la esposa—de los palacios de usía.

—Tomelá, el caballero;—por cien doblas la darían,
si doncella la trajimos,—doncella la volvería.—
El la agarró por el brazo,—y á caballo la ponía.

* 25.

La esposa de Don García. — II.

Válgame Nuestra Señora—y la sagrada María;
que cayó en poder de moros—la esposa de Don García.
Diez mil moros la llevaban—y todos en romería.
—Ande mi caballo, ande,—ande de noche y de día,
hasta llegar al palacio—donde está la madre mía.

.....
.....
—Dios ayude la mi madre.—Bien venido Don García.
—Lo que voy á preguntar—pronto me respondería :

si vió por aquí esta noche—mi esposa Doña María.
 —Por aquí pasó esta noche—dos horas antes del día,
 vestida de colorado,—que una reina parecía,
 vihuela de oro en sus manos,—y muy bien que la tangía.
 Cada vuelta que le daba,—cuernos, cuernos, Don García.—
 —Ande mi caballo, ande—de noche como de día,
 hasta llegar al palacio—donde estaba la mi tía.

 —Dios ayude á la mi tía.—Bien venido, Don García.—
 —Lo que voy á preguntar—pronto me respondería :
 si vió por aquí esta noche—mi esposa Doña María.—
 —Por aquí pasó esta noche—tres horas antes del día,
 toda vestida de negro,—que una viuda parecía,
 vihuela de oro en las manos,—de pesar no la tangía;
 cada vuelta que le daba,—¡valme, valme, Don García!—
 —Ande mi caballo, ande—de noche como de día.—
 Toca en el medio del monte—la bocina Don García :
 —Escanciador que da el vino,—escancie con cortesía,
 guárdeme un vaso de vino—para aquel de la bocina.
 —No le guardaría uno,—como dos le guardaría,
 sino fuera su hermano—ó su esposo Don García.—
 —Hermano no tengo yo,—y ni esposo conocía;
 es que lástima me dan—los que andan de montería.
 En estos y otros comedios—allí llega Don García :
 —Dios ayude á los morillos,—morillos de morería.
 —Bien venido el cristianillo,—que buen caballo traía.
 —Yo vengo de Santiago,—camino por Turquería.
 —Allá vamos todos juntos,—iremos en compañía.
 —Mi caballo tiene zuna—que jamás la perdería,
 que entre tropa de caballos—él delante nunca iría.
 —Nosotros delante iremos,—y usted detrás quedaría.
 —Allá abajo hay un reguero,—¿quién ha de pasar la niña?
 —Pasarála el cristianillo,—que buen caballo traía.
 —Mi caballo tiene zuna—que jamás la perdería,
 mujer que no tenga honra—sobre sí no consentía.
 —Si la trae de su tierra—nadie se la quitaría.—

Cuando iba cuestas arriba—ojos que lo mirarían :
 cuando iba cuestas abajo—ni el diablo lo alcanzaría.
 —Vuelta, vuelta, mi caballo,—ya entramos en Turquería.
 Adiós, adiós los morillos—morillos de Morería.
 —Adiós, adiós el cornudo,—el cornudo Don García :
 esa mujer va preñada—de cuantos moros había.
 —Pára, moro perro, pára,—yo se lo bautizaría.
 Válgame Nuestra Señora—y la sagrada María.

Nada podemos conjeturar con fundamento acerca de estos dos singularísimos romances, que hasta ahora aparecen solitarios en la tradición de la Península, y que parecen ser degeneración de algún romance histórico. El segundo, inédito hasta ahora, parece más moderno que el primero, puesto que mezcla con rasgos afectuosos y delicados otros de una brutalidad extrema, y desfigura, sobre todo el final, de un modo libre y desvergonzado, que no es propio de la genuina poesía popular.

El *Don García* de estos romances, ¿será por ventura el Conde de Castilla Garci-Fernández, que fué famoso por sus desventuras conyugales?

26.

El galan d' esta villa.

¡Ay! un galan d' esta villa—¡ay! un galan d' esta casa,
 ¡ay! él por aquí venía,—¡ay! él por aquí llegaba.
 —¡Ay! diga lo qu' él quería,—¡ay! ¡diga lo qu' él buscaba!
 —¡Ay! busco la blanca niña—¡ay! busco la niña blanca
 que tiene voz delgadina,—que tiene la voz delgada;
 la que el cabello tejía,—la que el cabello trenzaba.
 —¡Ay! ¿trenzadicos traía?—¡Ay! ¿trenzadicos llevaba? [casa,
 ¡Ay! que non l' hay n' esta villa,—¡ay! que non l' hay n' esta

si non era una mi prima,—si non era una mi hermana,
 ¡ay! de marido pedida,—¡ay! de marido velada...
 ¡Ay! bien qu' ora la castiga,—¡ay! bien que la castigaba,
 ¡ay! con varas las d' oliva,—¡ay! ¡con varas las de malva!
 Es la causa otra su amiga,—es la causa otra su amada,
 que la tien allá en Sevilla,—que la tien allá en Granada...
 —¡Ay! diga á la blanca niña,—¡ay! diga á la niña blanca,
 ¡ay! que su amante la espera,—¡ay! que su amante la aguarda
 al pie d' una fuente fría,—al pie de una fuente clara,
 que por el oro corría,—que por el oro manaba,
 donde canta la culebra,—donde la culebra canta.—
 Por arriba d' una peña—por arriba d' una mata,
 donde canta la culebra,—donde la culebra canta,
 vi venir una doncella;—es hija del Rey d' Arabia.
 ¡Ay! llegó á la fuente fría,—¡ay! llegó á la fuente clara.

.....
 Ya su buen amor venía,—ya su buen amor llegaba
 por sobre la verde oliva,—por sobre la verde rama;
 por dond' ora el sol salía,—por dond' ora el sol rayaba,
 ¡ay! mañana la tan fría,—¡ay! mañana la tan clara.
 ¡Ay! Antonio se decía,—¡ay! Antonio se llamaba;
 á su cuello una medida,—á su cuello una esmeralda.
 Perdiérala entre la yerba,—perdiérala entre la rama.
 Hallárala una doncella,—hallárala una zagala,
 la qu' el cabello tejía,—la que el cabello trenzaba.
 ¡Ay! agua la depedía,—¡ay! agua la demandaba;
 ¡ay! agua de fuente fría,—¡ay! agua de fuente clara.
 ¡Ay! ¡lo que allí le decía!—¡ay! ¡lo que allí le falaba!
 y celos la depedía,—y celos la demandaba:
 —¡Ay! la vinaja dorada,—¡ay! la vinaja dorada...
 —¡Ay! trájola de Sevilla,—¡ay! trájola de Granada,
 ¡ay! de mano de su amiga,—¡ay! de mano de su amada.
 —¡Ay! yo te la mercaría,—¡ay! que yo te la mercaba;
 ¡ay! más galana y pulida,—¡ay! más pulida y galana,
 ¡ay! si quies mi compañía,—¡ay! si quies la mi compañía.
 —¡Ay! sí, por el alma mía,—¡ay! sí, por la vuestra alma;

¡ay! qu' el que me dió la cinta,—¡ay! que el que me dió la sa-
 [ya,
 ¡ay! non quiere que o la vista,—¡ay! non quiere que o la traiga:
 ¡ay! quier que la ponga en rima,—¡ay! quier que la ponga en
 [vara,
 la quier para otra su amiga,—la quier para otra su amada,
 que la tien allá en Sevilla,—que la tien allá en Granada.—

 ¡Ay! ¡cantaba la culebra!—¡ay! ¡la culebra cantaba!
 ¡ay! ¡voz tiene la doncella!—¡ay! ¡voz tiene la galana!...
 —¡Ay! ¡padre, le tengo en vida!—¡ay! ¡padre, le tengo en casa!
 Un viene á la romería,—un viene á la Roma Santa
 con el que yo más quería,—con el que yo más amaba.
 ¡Ay! Antonio se decía,—¡ay! Antonio se llamaba;
 aquel qu' andaba en la guerra,—aquel que en la guerra anda-
 con espada y con rodela,—con rodela y con espada! [ba
 Él se fuera y non venía,—él se fuera y non tornaba,
 muy tiernas cartas me envía,—tiernas cartas m' enviaba:
 «Non te me cases, mi vida,—non te me cases, mi alma;
 presto será mi venida,—presto será mi tornada.»

 ¡Ay! fuese á la romería,—¡ay! fuese á la Roma Santa
 con el que ella más quería—con el qu' ella más amaba.

 ¡Ay! la niña estaba en cinta,—¡ay! la niña en cinta estaba.
 ¡Ay! llegaronse á la ermita,—¡ay! llegaronse á la sala,
 ¡ay! donde el abad diz misa,—¡ay! dond' el abad misaba;
 ¡ay! misa en n' la montiña,—¡ay! misa en n' la montaña:
 ¡ay! el molacin l' audiva,—¡ay! el molacin l' audava.
 ¡Ay! vueltas las que darían,—¡ay! vueltas las que le daban
 á redores de la ermita,—á redores de la sala;
 ¡ay! que el parto le venía,—¡ay! que el parto le llegaba.
 —¡Santa María es mi madrina!—¡Santa María es mi abogada!
 Un niño en brazos traía,—un niño en brazos llevaba;
 Jesucristo le decía,—Jesucristo le llamaba.

El Niño rosas traía,—el Niño rosas llevaba,
 cuatro ó cinco en una piña,—cuatro ó cinco en una caña.
 —De la caña más florida,—de la caña más granada,
 ¡ay! dale á la blanca niña,—¡ay! dale á la niña blanca; [ba.—
 ¡ay! pues ella estaba en cinta,—¡ay! pues ella en cinta esta—
 ¡Ay! parió una blanca niña,—¡ay! parió una niña blanca;
 bautizóla en agua fría,—bautizóla en agua clara;
 púsole en nombre Rosina,—púsole en nombre Rosaura;
 qu' el Niño rosas traía,—qu' el Niño rosas llevaba.

.....

 ¡Ay! mandara el Rey prenderla,—¡ay! mandara el Rey prin-
 en cadenillas meterla—y en cadenillas echarla; [darla;
 ¡ay! arriba en la alta mena,—¡ay! arriba en la mena alta;
 quier que le sirva á la mesá,—quier que le sirva á la tabla,
 ¡ay! con la taza francesa,—¡ay! con la francesa taza;
 que file paños de seda,—que file paños d' Holanda,
 con rueca la de madera,—con rueca la de su casa;
 los que filaba la Reina,—los que filaba la Infanta,
 ¡ay! con el tortoriu d' oro,—co'l tortoriu de esmeralda.
 ¡Ay! tortoriu trae de piedra,—¡ay! ¡tortoriu, fuso y aspa!
 Llabra en él la seda fina,—llabra en él la seda clara;
 ¡ay! al Rey le fay camisa,—¡ay! al Rey le fay delgada,
 ¡ay! del oro engordonida,—¡ay! del oro engordonada.

He aquí el romance más famoso y popular de Asturias, el que sirve de tiempo inmemorial para acompañar la *danza prima*. Ha sido también el primero en que se fijó la atención de la crítica. Ya Jovellanos le menciona en su carta sobre las romerías. Cuantos le han oído están contestes en afirmar el poético efecto que causa, á pesar de lo incoherente de su contenido, ó quizá por esta misma razón. Sus variantes son innumerables, pero la más completa es sin duda la que publica el Sr. Menéndez Pidal. Ha sido impreso en varios libros de viajes, y también en una hoja suelta que publicó D. José

Pérez Ortiz, antiguo Catedrático de la Universidad Ovetense, con el estrambótico título que sigue: *El Galán de esta villa. Romance antiguo, natural compañero de la danza propia para ostentar el sexo femenino la alegre oficiosidad doméstica que le corresponde en la sociedad conyugal, y por cuyo olvido deja de practicarse aun por las honestas*. Finalmente, de la popularidad de este romance da fe el verbo asturiano *estavillar*, que quiere decir hablar apresuradamente, sin tino ni concierto.

Tal como suele cantarse este romance, parece, en efecto, una retahila sin sentido; pero el Sr. Menéndez Pidal, reuniendo trozos de diversas versiones, ha llegado á ofrecer un conjunto bastante satisfactorio, aunque no sin lagunas. Ha de tenerse en cuenta que la segunda parte de cada verso es repetición del octosílabo anterior, puesto que el romance se canta por dos coros: uno de hombres y otro de mujeres.

27.

La ausencia. — I

Estando yo ante mi puerta—labrando la fina seda,
 vi venir un caballero—por la alta Sierra Morena;
 con las armas n' el caballo,—á mi marido semeja.
 Atevime á preguntarle—si venía de la guerra.
 —De la guerra, no, señora;—pero vengo cerca della. [lla?
 ¿Por qué lo entruaga (1), señora?—¿Por qué lo entruaga, donce-
 —Porque tengo á mi marido—há siete años en la guerra:
 de los siete años que estuvo,—nunca me envió una letra.
 Diga, diga, la señora;—diga de qué señas era...
 —Era alto como un pino—y galan como una estrella;
 llevaba un caballo blanco—todo cubierto de seda...
 —Por las señas que me dabais,—en la guerra muerto queda;

(1) *Entruagar*, preguntar, de *interrogo*.

su cuerpo revuelto en sangre,—su boca llena de arena.
 —¡Ay, triste de mí, cuitada!—¡Ay, de mi suerte tan negra!
 ¡Siempre truje toca blanca,—ahora vestirla prieta!
 Tres hijos que me quedaron—los criaré en mi tristeza;
 y, en cuanto manejen armas,—mandarélos á la guerra
 para vengar á su padre—que le mataron en ella...
 —Non se aflija la señora;—no se acordeje, mi dueña,
 nin vista los negros paños,—que yo su marido era.

28.

La ausencia. — II

Estando un día á la puerta—labrando paños de seda,
 vi venir un caballero—allá por Sierra Morena.
 Atrévime y preguntéle—si venía de la guerra.
 —De la guerra, sí, señora;—de la guerra, sí, doncella.
 ¿Tiene allá algun primo hermano—ó alguno que le dé pena?
 —Yo tengo allá á mi marido;—más hermoso que una perla.
 —Déme las señas, señora;—señora, déme las señas.
 —Llevaba el caballo blanco,—la silla dorada y negra:
 dos criados que llevaba,—iban vestidos de seda;
 iban vestidos de luto—de los pies á la cabeza.
 —Vuestro marido, señora,—en la guerra muerto queda.
 —¡Ay, pobre de mí, cuitada;—que estoy sola en tierra ajena!
 ¡Mis pobres hijos queridos—quien los mandará á la escuela;
 y á mi hija Teresina—quien la casará en su tierra!
 —Los sus hijos y los míos—xuntos irán á la escuela,
 y á su hija Teresina—yo la casaré en mi tierra.—
 Á otro día de mañana,—madrugó á misa primera:
 iba vestida de luto—de los pies á la cabeza,
 y al tomar agua bendita—co'l caballero se encuentra.
 —¿Por quién trae luto, señora;—por quién trae luto, doncella?
 —Traígo por mi marido,—que se me murió en la guerra.

—Non llore por él, señora;—señora, non tenga pena,
 nin vista paños de luto,—que yo su marido era.

Es lugar común en la poesía popular el reconocimiento del marido que vuelve de la guerra, y rara vez se omite la enumeración de las señas que sirven para reconocerle. Se encuentra este tema en los cantos de la Grecia moderna (1), en baladas alemanas (2) é inglesas (3), en las canciones francesas *Germaine* ó *Germiné* y *Le retour du mari*, de las cuales se conocen muchas versiones (4), en *La esposa del Cruzado*, canción bretona (5), y en una canción italiana, *La Prova*, que se halla, más ó menos íntegra, en el Piamonte, en Génova, en Lombardía, en Venecia, en la Marca de Ancona, en Ferrara, y en otras partes (6). En rigor, el asunto es humano, y su expresión más poética y más antigua está ya en la *Odisea*; pero es tal la semejanza que tienen estas canciones en algunos pormenores, especialmente en lo que toca á las señas del marido, que hacen pensar en la transmisión directa de un tema original, nacido no se sabe dónde.

(1) *Chants populaires de la Grèce moderne* (colección del Conde de Marcellus). Paris, 1860, pp. 155-162-163.

(2) Véase la titulada *Liebes probe* en el *Deutsche Balladenbuch*. Leipzig, 1858, p. 14.

(3) Ya Almeida Garrett mencionó oportunamente una que está en Percy, *Reliquies of ancient english poetry*, London, 1823. *sect. II, book 1*, página 261.

(4) *Chansons populaires des provinces de France*, por Champfleury y Wekerlin. Paris, 1860, p. 195. — *Études sur la poésie populaire en Normandie*, por E. de Beaurepaire. Paris, 1856, p. 76. — *Chants et chansons populaires des provinces de l'Ouest*, por Bujéaud. Niort, 1866, II, p. 215. — *Chants et chansons populaires du Pays Messin*, por el Conde de Puymaigre. Paris, 1869, p. 8. — *Romancero de Champagne*, por Tarbé. Reims, 1863, II, pp. 2-221.

(5) *Barzaz Breiz: Chants populaires de la Bretagne, recueillis, traduits et annotés par le Vicomte Hersart de la Villemarqué*. 6.ª ed. Paris, 1867, páginas 146-150.

(6) Véase noticia de todas estas variantes en la obra monumental de Nigra, pp. 317-318.

Sin resolver tan ardua cuestión, nos ceñiremos á enumerar los romances españoles sobre este argumento. Corresponden á él desde luego los dos castellanos que comienzan *Caballero, si á Francia ides* (núms. 155 y 156 de la *Primavera*), muy tardíos uno y otro y con visibles reminiscencias de los viejos romances carolingios de Gaiferos y Valdovinos, y muy especialmente del que empieza *Nuño Vero, Nuño Vero* (núm. 168 de la *Primavera*).

Pertenece también los siguientes romances portugueses :

a) *Bella Infanta*. Dos lecciones recogidas por Almeida Garrett (II. 7-14). El mismo Garrett intercaló este romance con mucho efecto dramático en el acto V de su drama *O Afageme de Santarem*.

b) *Dona Infanta*.—*Dona Catherina*. Variantes de la Beira Baja. En el *Romanceiro* de T. Braga, 1-7.

c) *Romance da Bella Infanta*. Versión de la isla de San Jorge (*Azores*, 298-300).

d) *Bella Infanta*. Recogido en la isla de la Madera (202-204).

e) *Bella Infanta*. Variante de la provincia del Miño. Publicada por C. Michaelis de Vasconcellos en el *Zeitschrift für romanische philologie* (III, 63). Difiere mucho de todas las demás.

f) *Dona Infanta*. Versión de Río Janeiro. En el tomo I de los *Cantos populares do Brazil*, 1-3.

En Cataluña existe *La vuelta del marido* (núm. 202 del *Romancrillo* de Milá), con algunas palabras castellanas, indicio evidente de su origen. La heroína se llama *Blancaflor*. Cf. *Cansons de la terra*, de Pelay Briz (I, 173, II, 191) y Aguiló, núm. IX, con el título de *Blancaflor ó la tornada del marit*.

29.

La esposa infiel.

Estando una bella dama—arrimada á su balcon,
 vió venir á un caballero—miróle con atencion;
 de palabras se trabaron,—de amores la comprendió.
 —Bella dama, bella dama,—con usted durmiera yo.
 —Suba, suba, el caballero—dormirá una noche ó dos.
 —Lo que temo es su marido,—que tenga mala intencion.
 —Mi marido es ido á caza—á los montes de Leon :
 para que no vuelva nunca,—le echaré una maldición :
 «Cuervos le saquen los ojos—águilas el corazón,
 los perros de mis rebaños—le arrastren en procesion.»—
 Estando en estas palabras—el marido que llegó.
 —Ábreme la puerta, luna,—ábreme la puerta, sol,
 que te traigo un cervatillo—de los montes de Leon.—
 Al bajar á la escalera,—la color se le m. dó.
 —Tú tuviste calentura,—ó dormiste con varon.
 —Yo ni tuve calentura—ni he dormido con varon;
 solo que perdí las llaves—de tu puerta del salon.
 —Si las perdiste de hierro,—de plata las haré yo.
 —El herrero está en la fragua,—y el platero en el meson...
 —¿De quién es aquel sombrero—que en mi cuarto veo yo?
 —Es tuyo, marido mío;—mi padre te lo mandó.
 —Da las gracias á tu padre;—buen sombrero tengo yo.
 ¡Cuando yo no lo tenía,—no me lo mandaba, no!
 ¿De quién es aquella capa—que en mi percha se colgó?
 —Es tuya marido mío—mi padre te la envió.
 Da las gracias á tu padre—buena capa tengo yo.
 ¡Cuando yo no la tenía—no me la enviaba, no!
 ¿De quién es aquel caballo—que en la cuadra relinchó?
 —Es tuyo, marido mío;—mi padre te lo endonó.
 Da las gracias á tu padre;—buen caballo tengo yo.

¡Cuando yo no lo tenía,—no me lo endonaba, no!
 ¿De quién es aquella espada—que colgada veo yo?
 —Clavadla, señor marido;—clavadla en mi corazón,
 que bien la muerte merece—quien á un marido engañó.

No menos universalmente divulgado que el anterior se halla este romance, cuyo asunto es tan viejo como la flaqueza y la malicia humanas. Querer enumerar todas las canciones de distintos pueblos que tienen argumento análogo sería tarea tan pueril como la de aquel buen señor de quien D. Manuel Milá me refirió que había tomado muy á pechos el demostrar que todos nuestros romances de esposas infieles castigadas por sus maridos eran trasunto del episodio de Francesca de Rímini. ¡Como si con la heroína dantesca se hubiese acabado la casta de las adúlteras más ó menos sentimentales!

Más adelante daremos a conocer otras versiones populares del romance asturiano. Baste advertir por ahora que es una variante de los números 136 y 136 bis de la *Primavera*, que comienzan *Blanca sois, señora mía...* y *Ay cuán linda que eres, Alba*.

Tiene en portugués las correspondencias siguientes:

a) *Dona Branca*. Variante de la isla de San Jorge. Sólo en el final coincide con el nuestro (*Cantos popul. do Archipelago Açoriano*, 233-235).

b) *Dom Alberto*. — *Flor de Marília*. Tradicionales en la misma isla. Substancialmente idénticos á los de nuestro romancero (Ib., 236-241).

c) *Dona Alda*. — *Dom Aldonso*. Dos romances de la isla de la Madera (103-107). En el primero el marido mata al amante, pero se enternece con la mujer, y la perdona. En el segundo mata á los dos adúlteros.

En Cataluña se canta un romance mestizo (núm. 254 del *Romancerillo*, con el título de *La adúltera castigada*), del cual Milá recogió hasta doce versiones. La mejor y más completa

tiene la particularidad de que el marido y el amante se matan mutuamente en desafío, quedando la triste dama *sens consuelo ni amor*. Cf. Briz, *Cansons de la terra*, tomo IV, *Lo retorn soptat*, y Aguiló, núm. X, *Punició de la adúltra*.

30.

El caballero burlado. (1)

Allá arriba en aquel monte,—allá en aquella montaña,
 do cae la nieve á copos—y el agua muy menudina;

(1) El *Romancero General* dado á luz por nuestro docto y buen amigo el Sr. Durán (Tom. I, pág. 152, Madrid, 1851) tiene un romance al mismo asunto, el cual empieza:

De Francia partió la niña,
 de Francia la bien guarnida, etc.

Ofreciendo también al lado de esta versión anónima otra de Rodrigo de Reinosa, versificador del siglo XVI. El Sr. Durán opinaba, al dar á la estampa su *Romancero*, que este romance «es de origen francés, é imitación de alguna trova caballeresca».

En el mismo año que salía á luz el *Romancero* del Sr. Durán, publicaba el suyo en Lisboa el docto Almeida Garrett, incluyendo en el tomo II otra versión de este canto popular en Asturias, y teniéndolo, de igual modo que el crítico español, como originario de Francia (pág. 30).

Fúndanse, sin duda, ambos escritores en los siguientes versos, conservados en una y otra versión casi con las mismas palabras:

—Sou filha d' el rey de França
 e da rainha Constantina.

En la versión asturiana, que ofrece notables vestigios de antigüedad respetable, nada hay, sin embargo, que se refiera á Francia; el color local de todo el romance, y la descripción con que empieza, sobre todo, huelen á montaña, dando á entender que si esta leyenda penetró en Asturias derivándose de la literatura caballeresca, se fundió allí en el molde común de los cantos populares antes de que tomase en Castilla y en Portugal carta de naturaleza. Las versiones recogidas por Durán y Garrett, son, en efecto, más artísticas que la asturiana, por vez primera recogida y dada á luz por nosotros. Durán puso á este romance título de *La Infantina*, Garrett lo imprimió con el de *A Infeitada*.—(N. de Amador de los Ríos.)